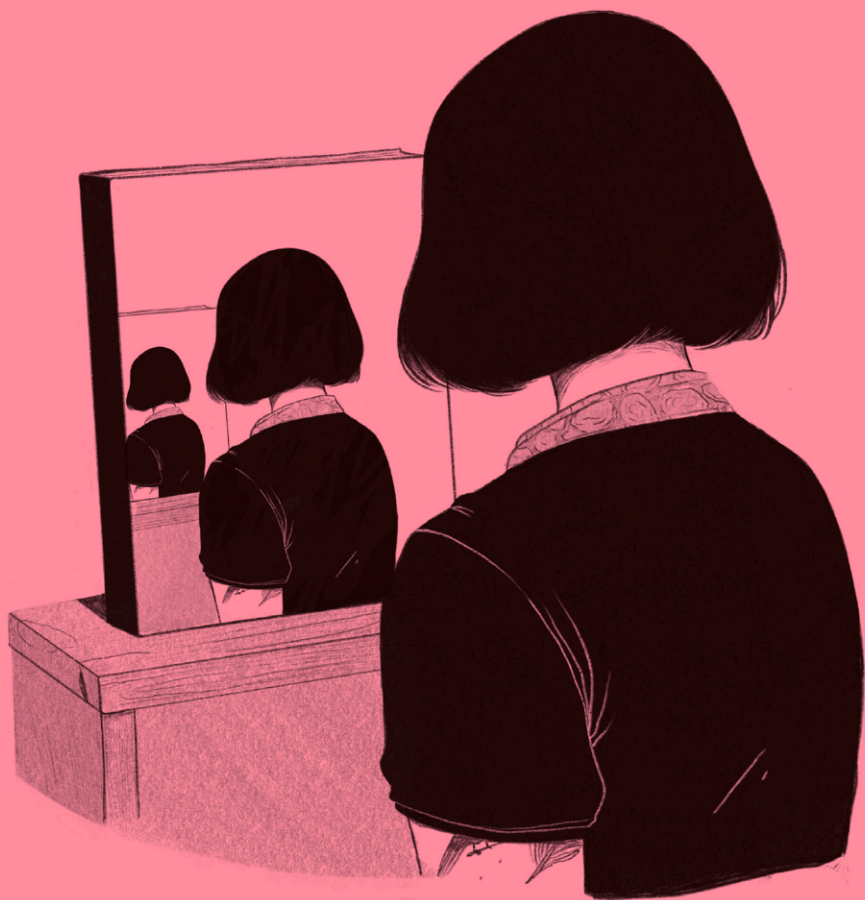


consonni

María Ovelar

Suya era la noche



Suya era la noche

María Ovelar

consonni

1987-2001
Ella

Victoria fue una niña imaginativa, con la cabeza siempre en otro lugar. Una actitud que se recrudeció cuando su familia se mudó a Alicante. Como no la aceptaron ni en la escuela ni en la *urba*, se inventó presencias –tantos amigos invisibles– a las que contó secretos y que, a cambio, la acompañaron en mil aventuras: lucharon contra la Nada para evitar el colapso de la imaginación, viajaron a Nunca Jamás, treparon a los pupitres al grito de *Oh capitán, mi capitán*, se empoderaron contribuyendo a la manutención de la familia publicando relatos durante la Guerra de Secesión americana y escribieron una novela a máquina en un rollo de papel kilométrico después de recorrer en coche la Ruta 66.

Sus profesores perdían la paciencia porque le era difícil rentabilizar los libros que devoraba: «¡Niña, vuelve!». Al ser incapaz de aplicar su obsesión por la lectura en nada que los adultos consideraran provechoso, fuera de la ficción se cohibía. Andaba encorvada y respiraba muy bajito, no fuera a ser que alguien advirtiera su presencia.

No solo la embrujaron los libros: Victoria saltó dentro de los cuadros y se coloreó de pintura, memorizó canciones para recitarlas como sortilegios. Abría gruesos tomos de

arte para perderse en las reproducciones de Derain, Millais o Kokoschka, saltando del puente Waterloo sobre el río Támesis, navegando de espaldas cubierta de flores y evaporándose como si fuera agua, convertida en la novia del viento. Halló consuelo en la música, en discos que gustaban a personas que le doblaban la edad.

Sus padres pensaron que era tonta. «Niña, ni las letras del abecedario retienes, de un día para otro se te olvidan».

*¿Por eso aprendiste un océano de palabras?, ¿para destacar?
¿Por eso proyectaste con ellas una fortaleza?*

Victoria aprendió a leer y escribir a la misma edad que los otros niños; pero pasó mucho más tiempo que ellos sola, arrebujada entre las páginas. Tanto creer en la magia, la hizo digna de un secreto: los objetos fantásticos existían. Gracias a un amuleto, despuntó en algo. Ganó algún concurso literario en la escuela y un par de galardones locales.

El amuleto se lo regalaron sus padres la primera vez que inspeccionaron el Mediterráneo en busca de una residencia, antes de que cambiaran el frío y la morriña de Galicia, por el calor y la mascletà de Alicante. Su madre, originaria de Madrid, se había mudado a O' Barqueiro por amor. Su padre, de ese pueblo de pescadores, de cruceiros musgosos y gatos somnolientos, tiene el olfato de un marino y lo encontró en una cala del Cabo de las Huertas; tal vez en Los Judíos, en La Palmera o en Cantalar. Victoria todavía lo recuerda, susurrándole: «Es una caracola especial, pero para que funcione, debes creer en su magia».

Las estanterías llenas de pulseras, caballitos de mar y la caracola mutante. Mutante porque encogía y crecía: Victoria se refugió dentro de su agujero muchísimas veces. Con su

tamaño natural, se la ponía en el oído: su rumor la animaba frente a la cacofonía del mundo. El continente anunciaba un poder insólito; cuando la concha se transparentaba, empezaba lo bueno: sus fantasías se teñían de realidad, y Victoria saltaba al otro lado. Antes incluso de descubrir sus poderes, le reservó el mejor sitio: al lado de una cajita de música en la que el Principito giraba y giraba corriendo detrás de una rosa. Luego la acompañarían los discos de los Smiths y las obras completas de Oscar Wilde.

La vida es una sucesión de episodios que el mar borra. Sin embargo, algunas experiencias suenan en bucle como la canción del verano.

Los golpes duelen y las lágrimas de Victoria se pierden bajo el mar. En la superficie, las figuras de sus vecinas se funden en manchas de luz. Agitan las piernas en el agua, seguras de su lugar en el mundo. Mientras intuye sus burlas, Victoria aguanta la respiración. Solo la caracola podría ayudarla, pero la han arrojado al fondo del mar. La llama en su cabeza: «¡Caracola! ¡Caracola! ¿Dónde estás?». Por respuesta, las amenazas de sus vecinas, que escucha amortiguadas por el peso del mar. Para no rozar sus pies, Victoria se enrosca más en el agua. Le empieza a faltar el aire.

Tampoco después de esa crueldad dirá nada. Ella nunca se lo cuenta a nadie. Ni a sus padres, ni a su hermano Abraham, ni a la tía Sara. Cuando sus vecinas la tiran de la bicicleta, y las piedras se le incrustan en las rodillas. Cuando la llaman gorda. Cuando en son de paz la invitan a jugar y la animan a andar descalza –mira, nosotras también vamos descalzas, es un juego– por un sendero de césped que han minado de clavos; cuando Óscar, piernas morenas, el pelo verde de tanto cloro, la

convence para seguirlo al cuarto de baño. Aquel trozo de carne roja entre sus piernas. Nunca dice nada. ¿Qué te ha pasado? Me he caído; es por un libro muy triste; no tengo hambre, me voy a mi cuarto. Sus padres están siempre muy ocupados; su hermano Abraham, en los recreativos. Antes de decírselo a la tía Sara, preferiría morir. Victoria se come la vergüenza.

La caracola flota encima de unas algas con la consistencia de un holograma: Victoria intenta nadar hacia ella, pero los trescientos soldados que galopan en sus pulmones se lo impiden. Siente cómo las células se desprenden de las yemas. El techo de agua la oprime y es el instinto de supervivencia el que actúa. Victoria patatea hacia arriba.

Los rayos le succionan las perlas de agua en el rostro. Las niñas piraña la rodean entre risas. Les brillan los dientes y del pelo les irradian esquirlas verdes. Victoria cierra los ojos y reza; ¡ojalá me dejen!, pero, en vez de eso, insisten con más aguadillas. Traga agua. Traga agua. Traga agua.

Así que se sumerge y lo intenta de nuevo. Pero cuando se aproxima, la caracola desaparece, como si no existieran caminos hacia ella. Solo la ve cuando se aleja. De repente, una corriente se la lleva y la pierde de vista. Recuerda los momentos que han compartido, los premios de escritura que le ha ayudado a ganar —el orgullo en los ojos de sus padres—, las fuerzas que le ha dado cuando nada salía a derechas. Tal es la mirada de odio con la que Victoria fulmina a sus vecinas al salir a flote, que ninguna se atreve a acercarse a ella. Y entonces, la dejan tranquila.

Tanto tiempo soñando con entrar en el Club y por fin, con quince años, Victoria peregrinó al local de moda de Madrid

con su hermano Abraham, su amigo Jordi y sus dos mejores amigas. Cuando la inundó la música, los poros se le abrieron todos a la vez. No era una discoteca muy grande, las canciones sonaban saturadas, estaba bastante sucia y el mobiliario, cascado. Pero era el Club.

Los chicos bailaban ceñidos en chaquetas estampadas con el tapizado de la abuela que poco o nada combinaba con el de las camisas. Del cuello, olor a naftalina; lirios, del bolsillo trasero. Lo que más le fascinaba a Victoria era la cualidad translúcida, la superioridad wertheriana de esos chicos. Sus siluetas escalando paredes en un sueño de Orfeo. Flácidos, los bautizó su hermano Abraham nada más verlos. «¡No entiendo qué les veis!, recuerdan a las anguilas, parecen un hilillo de leche cayendo en un vaso, sin músculos, sin melanina... ¡Son unos flácidos!». Y con la voz cargada de intenciones, había rematado: «¿En serio os gusta eso?». Pati y Claudia asintieron divertidas. Victoria calló.

«¿Eso es para vosotras el amor?, ¿una pose?, ¿solo os gusta alguien por su estética?». Pati y Claudia ignoraron la bofetada de preguntas; Victorialadeó la cabeza y sintió su pelo corto. Pasó los dedos entre los rizos, como si así pudiera arreglar el desaguisado que no habían podido solucionar en la peluquería después de que se cortara el pelo largo con unas tijeras de cocina.

No solo estaba nerviosa por estrenarse en el Club. En aquella época, se sentía ridícula al lado de alguien que le caía bien. Y Jordi, el bajista del grupo de música de su hermano, le caía mejor que bien. Jordi compartía rasgos con los habituales del Club. Siempre ligando a través del flequillo mientras rasgaba el bajo con un cigarro entre las cuerdas. Hacía un año, al

saludarse, acercaron tanto las comisuras que prácticamente se besaron. A partir de entonces, Jordi le hizo más caso, le pasaba casetes, le hablaba de cine, pero luego se olvidó de ella, como la gente se olvidaba entonces de ella: sin malicia. Aun así, Victoria prefería a los chicos mayores. Los de su edad eran unos *pardals* que fingían todo el rato y a los que no les interesaban los grupos ni los libros que le encantaban a Victoria.

Te imagino evaluándote en los espejos que había en una de las paredes del Club.

No te gustabas; estabas rellenita.

Una chica con un top muy escotado pasó a su lado. A Victoria le habría gustado llevar uno igual, pero si lo hubiera hecho, se le habrían salido dos rolletes de grasa. Analizó a los flácidos: gesticulaban como si posaran para la sesión de promoción de un disco. Su hermano estaba en lo cierto: eso era el amor para ella. Años más tarde, le daría la razón en otra cosa. Todo había sido tan caricaturesco que si hubiera tocado a los flácidos, se habrían vertido en el suelo metamorfoseados en leche. Abraham los despreciaba: «¡Cuánta pose! ¡Cuánto niño pijo!». Y Jordi le seguía la corriente: «Seguro que la mitad jura que estuvo en el festival de Benicàssim en el momento en el que se cayó el escenario encima de Urusei Yatsura». «Y la otra mitad», secundó Abraham, «doce años antes en el Paseo de Camoens viendo a los Smiths». «Y vosotras», completó Jordi, «os lo creerías, claro».

Una parte de Victoria quería complacer a su hermano y, de paso, gustar a Jordi; la otra quería un flácido. Entonces lo vio. Con el *look* bohemio estudiado al milímetro y esa maraña de pelo arreglada, fumaba sin parar. Era alto, muy alto. Victoria deseó que la mirara. Cerró los ojos para desearlo fuerte, muy

fuerte. Pero cuando los abrió, su nuevo amor estaba concentrado en el fondo de su copa.

¿Y por qué no caminaste hacia él?

Era demasiado consciente de su imagen, la rellenita de pelo indomable. Le daba corte pasear con la cabeza de la Medusa. En aquella época triunfaba el pelo liso, y a ella nadie le había avisado de que al cortárselo, los rizos se le bufarían y no habría manera de disimular la cara de bollo.

Se suponía que estaba preparada para el Club, aquella discoteca de paredes rosas y negras atravesadas por tuberías y cables. Su hermano le había enseñado todo lo que debía saber: reconocer a los dos segundos una canción —un examen al que la sometía cuando la recogía de clase en coche—; identificar en función *mute* la banda por un videoclip; facilitar que le desabrocharan con una mano el sujetador; no negarse si era un hombre quien se lo pedía.

Todas aquellas lecciones sobre música, cuando ella lo único que quería era oírle decir te quiero; todas aquellas carreras a la tienda de discos a ver quién conseguía la novedad que valía la pena, cuando ella lo único que quería era saber cómo amaba su hermano, qué le había hecho sufrir antes de que ella llegara. Todas aquellas preguntas sobre la Nouvelle Vague, todo ese mi hermana es igual que yo, pero con tetas —con lo plana que se sentía—; ese he creado un monstruo, cuando ella lo único que quería era conocerlo.

Y cuando no quisiste que fuera su mano la que meciera la cuna, Abraham te abandonó.

«¿Nos piramos? Vamos a cualquier bar punk», propuso Abraham. Pati, un *piercing* en la barbilla, otro en la ceja, lo miró resentida. Soñaba con ser actriz y, aparte de flácidos, fichaba

actores que estaba segura no saldrían por los bares que le gustaban a Abraham. «¿Dónde está la alemana?», preguntó este. Al percatarse de la sonrisa de Pati, Victoria empequeñeció: *¿Qué sabía ella que tú no sabías?*

Pati sorbió el Martini con limón: «En el baño. Es que ha ligado». Abraham, abriendo mucho los ojos: «Flipa, jamás pensé que los flácidos se las gastaran así». Pati, una risa caótica: «¡No!, ¡qué va! No se han encerrado juntos, fotre».

«¿Pero entonces? ¿Se está retocando?».

«Tampoco», contestó Pati al tiempo que jugaba con el *piercing* de la ceja. Nerviosa, Victoria le robó el Martini. En su cabeza visualizó a Claudia —el cabello rubio y liso, los ojos azules, las tetas grandes—, que era española pero a la que en un empacho de estereotipismo, llamaban «la alemana».

Jordi, intrigado: «¿La alemana se droga?». Y Pati, que no, que no os voy a decir lo que...; y Victoria, que al instante supuso: «¡Se está quitando la faja!, ¡se está quitando la faja!». Por fin, los tres la miraron: Pati con el gesto torcido; Abraham, bufón; y Jordi, pensativo.

Imaginó a Claudia en el baño haciendo malabares con el suelo lleno de alcohol y vómito para quitarse la faja. Se esforzaban en gustar a los hombres, como si su valía dependiera del deseo que pudieran inspirarles, como si su existencia solo se debiera a eso. *Fuimos unas tontas.*

Entonces, Victoria se sintió observada y cazó al fumador. La estaba evaluando.

Se estremeció.

Tuvo la impresión de ser; como si esa mirada la completara, como si esa mirada le devolviera su identidad.

«¿Lista para ser palpada?», se mofó Abraham cuando tuvo

a Claudia enfrente. Nadie sabía imprimir tanta burla en una sonrisa como él. Pati negó con la cabeza. Yo no he tenido nada que ver, parecía excusarse. La alemana pulverizó a Victoria con los ojos. Esta se sintió tan culpable que el corazón le pesó tanto como para hundirla en el suelo.

Pati dio un paso en dirección a la barra y al ver que Claudia no la seguía, la tironó del brazo. El ceño fruncido, la alemana dudó un momento, antes de dar la espalda a Victoria. Subieron los peldaños hasta la barra y aceptaron la copa que el chico espigado, el chico alto del fondo, les ofrecía.

No puede ser.

Pero sí que podía ser. Victoria empezó a avanzar, pero la conciencia de que sus andares serían más torpes que nunca se lo impidió. Reclamó la solidaridad de su hermano, pero él ni la veía, tan ocupado estaba fichando flácidas.

Había escuchado tanto hablar sobre ellos que durante todo el día la emoción le reptó por el esófago: tocaban en bandas pop y escribían en revistas alternativas. Hablaban hasta desfallecer de las películas que Victoria había descubierto en el único cine en versión original de Alicante. Charlaban de música citando a productores, y sabían quiénes eran los fotógrafos Martin Parr y Ouka Lele.

Victoria ansiaba tanto pertenecer a su tribu que tropezó varias veces antes de alcanzar la segunda planta de El Camino. Ese era uno de los bares de la época de la Movida donde se reunían antes de ir al Club aquellos seres con pinta de artistas que Victoria admiraba. Los había espiado muchas veces desde la barra, de puntillas y sacando pecho. Por fin, la habían invitado a tomar algo.

Sonaban The Dandy Warhols, olía a One de Calvin Klein y a cerveza. ¿Cuántas veces había estudiado los pósteres de los conciertos que forraban las paredes? ¿Cuántas había soñado con ir a esos conciertos cuando vivía en Alicante? Algo había cambiado desde que se había mudado a la capital. Ahora los hombres la miraban con ganas y las mujeres con envidia. Todavía no se lo creía demasiado, como si su recién estrenada belleza, como si la admiración que provocaba, fuera a desvanecerse de repente.

Ya no era el bicho raro. No tenía cara de bollo, su silueta se había afinado. Por favor, por favor, quiero ser guapa e inteligente, por favor, por favor, había rezado cada noche en Alicante, *pero hay más lágrimas derramadas por las plegarias atendidas que por las no atendidas*.

Amaba los apartados con sofás de la entrada; pero era en los de la segunda planta donde se sentaban ellos. Respiró desde la boca del estómago antes de subir las escaleras. No se atrevió a soltar el pasamanos, así que, en vez de despegarse sin más, lo utilizó como impulso. Apretó los dientes y se dijo, hacia delante, que eres Victoria.

Los localizó en un en un rincón con sillones resquebrajados. Todos se parecían un poco: pitillos y camisas de franela, ellos; vestidos con zapatillas, ellas. Al día siguiente, Victoria se cortaría el flequillo en cortina como ellas, se compraría unas Adidas Gazelle y empezaría a fumar.

Más tarde, no solo los recordaría a ellos, su actitud, sus aires de grandeza. Los espejos le devolvieron la réplica exacta que hasta entonces había guardado de sí misma: una chica tímida de provincias, de melena alisada, que se esforzaba por gustar, por caer bien. Ni guapa ni fea. No demasiado interesante.

*¿Cómo pretendías seducir si no te gustabas a ti misma?
¿Cómo pretendías saber lo que realmente querías?*

Un chico delgado, un flácido hermoso la miró con deseo al pasar, y le sonrió. Victoria creció con el orgullo de los girasoles. Antes de sentarse con sus nuevos amigos, el chico le dijo, «Guapa». *Por primera vez en la vida, te lo creíste. Jugaste con unos mechones de pelo y me perdiste un poco más.*

Era la época en la que se fumaba en los bares, Victoria siempre había odiado que se le impregnara en la ropa, en el pelo, pero ahora quería aparearse con el humo. Coque jugaba con un paquete, lo hacía girar sobre la mesa. En aquel momento era el dueño de un pequeño imperio pop, su sello La Pista era una fábrica de hacer talentos. Victoria pensó en aquellos niños a los que les cambia la voz demasiado pronto. Era un adulto encapsulado en el cuerpo rechoncho de un niño. Después de besar a Victoria en las comisuras, Coque se deslizó hacia un lado para hacerle hueco y dio unas palmaditas en el asiento que había quedado libre.

Victoria demostró sabérselas todas. Las canciones que pinchaban en El Camino, las anécdotas de grabación, los amoríos de los cantantes. Felipe, el dueño del Club y una leyenda de la Movida, se sentó a tomarse una en su mesa. Refrendó sus posturas coloreándolas con detalles. Aquello era nuevo para ella, relacionarse con músicos llamándolos por su nombre, tratarlos como si ellos también tuvieran malos días. Se les notaba entusiasmados. Había logrado intrigarlos. Menos la guapísima, jovencísima y delgadísima novia de Coque, todos la escuchaban con interés. La novia de Coque no solo la miraba con recelo. Se las apañaba para interrumpirla, para hablar más alto, para ignorarla.

«¿Habéis leído *Éramos unos niños*? Patti Smith quería ser artista, pero nunca pensó que terminaría siendo cantante...».

«Mirad, están poniendo el videoclip de los Fresones».

O:

«Mi hermano mayor toca en...».

«¡Vámonos ya al Club!».

Tanta interrupción le bloqueó la garganta. Buscando sosiego, miró hacia un lado. El flácido levantó la copa en señal de brindis desde su mesa y la bola se desvaneció.

Entonces, Coque le ofreció un cuarto de pastilla. Pero a ella le asustaba ese tipo de drogas. Temía que sabotearan su inteligencia. La rechazó con suavidad, como si estuviera arrullando a un bebé. Por desviar la atención, les preguntó si hacía mucho que se conocían. «Algunos sí, otros no tanto. De todos modos, aquí antes o después todos nos liamos con todos. Si alguien tuviera algo lo habríamos pillado ya». Y entre sus risas, Victoria insistió. «¿Y ese *todos* cuánto es? ¿Todo Malasaña?».

Tú todavía eras virgen.

«Pues sí, todo Malasaña, pero solo Malasaña. No nos gustan las de provincias». Después de pronunciar aquello, la novia de Coque golpeó el whisky de Victoria. Y con el gesto le arruinó el top. Coque trajo de la barra un paño para secarla. Se tomó su tiempo, apretándolo contra el estómago, tsi, tsi, tsi; despegando el minúsculo tejido de la piel de Victoria, los dedos como chorizos ensartándose hacia las tetas. Mientras Victoria se dejaba hacer, se fijó en la camisa de Coque: de tan apretada, le había reventado un botón.

Te limitaste a sonreír, porque sonreír era siempre la respuesta correcta.

Coque le tendió nuevamente un cuarto de pastilla. Victoria recordó su propósito. Se había mudado a la capital para *proustificar*, para subir en la escala social como Proust. Para que hablaran de ella como Victoria, *querías ser guapa, lista, deseable*.

Tragó el trocito.

Una ira antigua se extendió por su pecho como el aceite. Con los ojos en los de la novia de Coque, Victoria bebió de su copa. Cuando ya se había saciado, la apoyó a su altura y con un dedo se la tiró encima. La sonrisa no tardó en subírsele a la boca. Cuando la novia de Coque se levantó, Victoria pudo regodearse viendo caer los hielos al suelo. Aquellos redondeles justo en la zona de la vulva. Con la voz firme, Victoria soltó. «Si te descuidas, acabaré siendo más de aquí que tú».